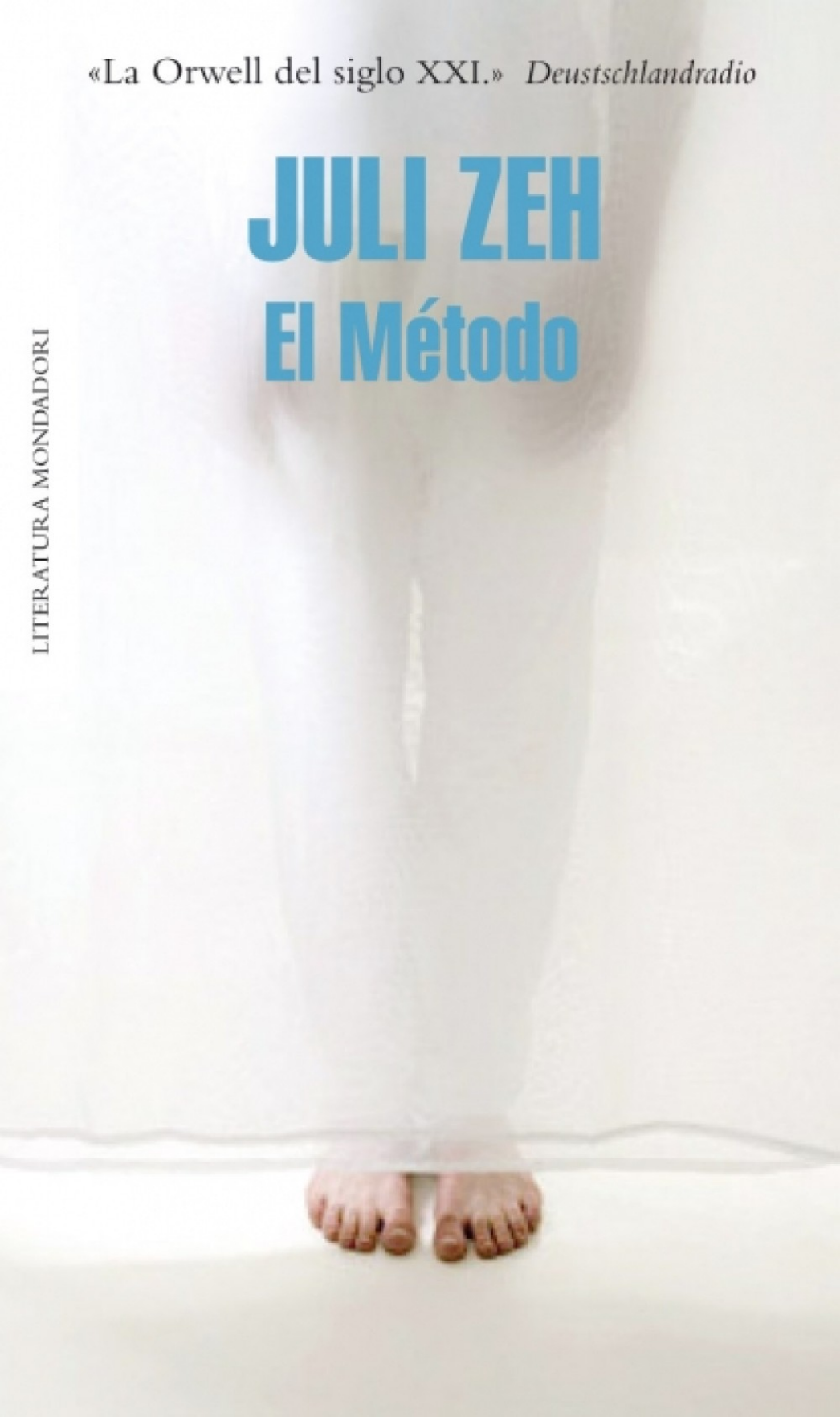


«La Orwell del siglo XXI.» *Deutschlandradio*

JULI ZEH

El Método

LITERATURA MONDADORI



El Método

Literatura Mondadori, 466

El Método

JULI ZEH

Traducción de Laura Manero



MONDADORI

Barcelona, 2011

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Corpus delicti. Ein Prozess*

© 2009, Juli Zeh

© 2009, Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, Frankfurt am Main

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Laura Manero Jiménez, por la traducción

Primera edición: mayo de 2011

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2396-7

Depósito legal: B-12.499-2011

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.

Impreso en Limpergraf

c/ Mogoda, 29-31

08210 Barberà del Vallès

Encuadernado en Encuadernaciones Bronco

GM 2 3 9 6 7

Para Ben

ÍNDICE

El prólogo	11
La sentencia	13
En mitad del día, en mitad del siglo	15
Pimienta	24
La amada ideal	29
Un gesto bonito	33
La huella genética	37
Ninguna ideología audaz	40
Un panel de plexiglás	47
Un talento especial para el dolor	50
Una lata de judías	52
Exprimidores	54
No están hechas para que se entiendan	58
Un asunto privado	60
Vellón y cuernos, primera parte	63
Humo	67
Ningún acto de conciliación	69
Un joven simpático	73
Custodias	79
En la central de mando	81
Derecho a Enfermar	85
El final del pez	91
El mazo	98

«Which side are you on»	104
Ilícito	110
Caracoles	114
Ambivalencia	123
Sin llorar	126
Nuestra casa	130
La amenaza requiere que seamos vigilantes	133
La moradora de los setos	136
Vellón y cuernos, segunda parte	142
Derecho a guardar silencio	146
El Caso Extremo	148
Ahí está Mia	163
El mayor triunfo posible	165
De la segunda categoría	171
Cuál es la pregunta	179
Voto de confianza	181
Un cojín del sofá	184
Una estatua de la libertad	187
El sano juicio	190
Inodoros e incoloros	193
Würmer	203
Ningún amor del mundo	208
La Edad Media	216
«Llueve»	223
Un aire enrarecido	227
Véase más arriba	234
Su fin	243

EL PRÓLOGO

La salud es un estado de bienestar físico, mental y social absoluto, y no la mera ausencia de enfermedad.

La salud podría definirse como un flujo vital que recorre todas las partes del cuerpo sin obstrucción alguna, todos los órganos y las células; como un estado de armonía corporal y mental; como el desarrollo ilimitado del potencial biológico de energía. Un organismo sano mantiene una relación de interacción con su entorno. La persona sana se siente vigorosa y capaz. Posee una confianza optimista en sus capacidades, goza de fortaleza mental y de una vida espiritual estable.

La salud no es algo estático, sino una relación dinámica de la persona consigo misma. La salud se consigue y se refuerza diariamente, a lo largo de años y décadas, hasta bien entrada la vejez. La salud no es un término medio, sino la norma suprema, el logro máximo del individuo. Es la encarnación misma de la voluntad, una expresión de la fuerza de voluntad investida de perseverancia. La salud, gracias al perfeccionamiento del individuo, nos lleva a una convivencia perfecta en sociedad. La salud es el objetivo del instinto natural de supervivencia y, por tanto, es también objetivo natural de la sociedad,

del derecho y de la política. Una persona que no se esfuerza por tener salud, no enfermará, sino que ya está enferma.

(Extracto del prólogo de: Heinrich Kramer, La salud como principio de la legitimación del Estado, Berlín, Múnich, Stuttgart, 25.^a edición.)

LA SENTENCIA

¡EN EL NOMBRE DEL MÉTODO!
SENTENCIA

EN LA CAUSA PENAL CONTRA

Mia Holl, de nacionalidad alemana, bióloga

por actividades contrarias al MÉTODO

el Tribunal de Jurados de la Sala 2.ª de lo Penal, en sesión pública en la que han participado:

- 1. el juez presidente del Tribunal de Jurados doctor Ernest Hutschneider, en calidad de presidente,*
- 2. el juez del Tribunal de Jurados doctor Hager y la jueza Stock, en calidad de magistrados asesores,*
- 3. los jurados*
 - a) Irmgard Gehling, ama de casa,*
 - b) Max Maring, comerciante,*
- 4. el fiscal Bell, en calidad de representante del ministerio público,*
- 5. el letrado doctor Lutz Rosentreter, en calidad de abogado defensor,*
- 6. el secretario judicial Danner, en calidad de oficial fedatario de la secretaría del tribunal,*

dicta la siguiente sentencia:

- I. La acusada es culpable de actividades contrarias al MÉTODO en concomitancia con la organización de una guerra terrorista, así como en fehaciente concurrencia con la amenaza de la paz del Estado, la manipulación de sustancias tóxicas y la negativa premeditada a someterse a los exámenes médicos obligatorios, en perjuicio del bien general.*
- II. Por todo ello es condenada a congelación durante un período indeterminado.*
- III. La acusada cargará con las costas del juicio, así como con todos los desembolsos que sean necesarios.*

Por los siguientes motivos...

EN MITAD DEL DÍA,
EN MITAD DEL SIGLO

En los alrededores de las extensas ciudades, las cadenas de colinas están cubiertas de bosque. Las torres de comunicaciones apuntan hacia las nubes blancas, cuyo vientre hace ya tiempo que no tiñe de gris el aliento de una civilización que un día creyera que debía atestiguar su presencia en este planeta mediante la producción, ante todo, de enormes cantidades de suciedad. Aquí y allá se abre el atento ojo de un lago que, con cañaverales por pestañas, mira al cielo: son canteras y minas de carbón abandonadas que fueron inundadas hace décadas. No muy lejos de los lagos, las fábricas abandonadas albergan centros culturales; un tramo abandonado de autopista, junto con unos cuantos campanarios de iglesias abandonadas, forma parte de un museo al aire libre, pintoresco aunque poco frecuentado.

Aquí ya nada hiede. Aquí ya no se excava, no se esparce hollín, ya no se desgarran la tierra ni se incinera nada; aquí, una humanidad que ha logrado la paz ha dejado de combatir con la naturaleza, y por tanto también consigo misma. Las pequeñas casitas cúbicas con fachadas revocadas de blanco salpican las laderas y se van

aglomerando hasta conformar finalmente unos complejos residenciales escalonados en terrazas. Las planas azoteas constituyen un paisaje poco menos que infinito, se extienden hasta el horizonte y, por como reflejan el azul del cielo, parecen un océano petrificado: placas solares, instaladas unas junto a otras y a millones.

Por todas partes se ven vías de levitación magnética que atraviesan los bosques por las líneas rectas de los cortafuegos. Allí donde se cruzan, en algún lugar en mitad de ese mar de tejados reflectantes, es decir, en mitad de la ciudad, en mitad del día y en mitad del siglo XXI... allí empieza nuestra historia.

Bajo la plana azotea especialmente extensa y alargada del juzgado de primera instancia, la justicia se ocupa de sus asuntos rutinarios. El aire de la Sala 20/09, en la que tienen lugar los actos de conciliación de la letra *F* a la *H*, está climatizado exactamente a 19,5 grados, porque esa es la temperatura a la que mejor puede pensar el ser humano. Sophie nunca va a trabajar sin su chaquetita de punto, y la lleva puesta bajo la toga incluso durante las vistas de lo penal. A su derecha tiene una pila de expedientes de los que ya se ha ocupado; a su izquierda le queda una pila más pequeña, los que todavía tiene que despachar. La jueza se ha recogido la melena rubia en una cola de caballo bien alta, con la que todavía sigue pareciéndose a aquella aplicada estudiante de las aulas de la Facultad de Derecho que fuera una vez. Muerde el lápiz mientras contempla la pared de proyecciones. Al encontrarse con la mirada del defensor de los intereses públicos, se saca el lápiz de la boca. Sophie estudió con Bell, que hace ocho años ya era capaz de dar exasperantes discursos en el comedor universitario sobre las infecciones de garganta que pueden contraerse a causa del

contacto oral con cuerpos extraños infectados de gérmenes. ¡Como si en algún espacio público del país quedarán gérmenes!

Bell está sentado a cierta distancia frente a ella y ocupa la mayor parte de la mesa con sus documentos, mientras que el defensor de los intereses particulares se ha replegado en el lateral más corto del escritorio que comparten. A fin de favorecer el consenso, los intereses públicos y los particulares ocupan una misma mesa, lo cual resulta bastante incómodo para los dos letrados, aunque no por ello deja de ser una hermosa tradición judicial. Cuando Bell alza el dedo índice de la mano derecha, la proyección de la pared cambia. En esos momentos aparece la imagen de un hombre joven.

—Delito menor —dice Sophie—. ¿O existen cargos anteriores? ¿Antecedentes penales?

—Ninguno —se apresura a asegurar el representante de los intereses particulares.

Rosentreter es un joven simpático. Cuando se siente azorado, se pasa una mano por el pelo y, acto seguido y sin que se note demasiado, intenta dejar caer al suelo los cabellos que se ha arrancado.

—Veo que ha sobrepasado en una ocasión los niveles de cafeína en sangre permitidos —dice Sophie—. Una amonestación por escrito y lo dejamos ahí. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

Rosentreter vuelve la cabeza para observar al representante de los intereses públicos.

Este asiente con un gesto. Sophie pasa un expediente más de la pila de la izquierda a la de la derecha.

—Bueno, compañeros —dice Bell—. Desgraciadamente, el siguiente caso no va a ser tan fácil. Sobre todo a ti, Sophie, no te va a gustar nada.

—¿Un asunto de menores?

Bell levanta el dedo, la proyección de la pared cambia. Aparece la fotografía de un hombre de mediana edad. De cuerpo entero, desnudo. Visto de frente y de espaldas. Por fuera y por dentro. Radiografías, ecografías, tomografías computerizadas del cerebro.

—Este es el padre —explica Bell—. Tiene ya diversos antecedentes por abuso de sustancias tóxicas relacionados con el consumo de nicotina y etanol. Hoy lo tenemos aquí a causa de una infracción de la Ley de Diagnóstico Precoz de Enfermedades en Lactantes.

Sophie pone cara de afligida.

—¿Qué edad tiene el pequeño?

—Dieciocho meses. Es una niña. El padre no ha cumplido con los exámenes médicos obligatorios de nivel G-2, y tampoco de G-5 hasta G-7. Y lo que resulta aún más trágico: el cribado neonatal de la niña nunca llegó a realizarse. No se descartaron trastornos cerebrales, no se examinó la sensibilidad alérgica.

—Pero ¡qué negligencia...! ¿Cómo ha podido pasar algo así?

—El médico oficial responsable advirtió al acusado de sus obligaciones en repetidas ocasiones, y finalmente solicitó un tutor legal. Y ahora viene lo grave: cuando el tutor consiguió entrar en el domicilio, la pobre niña estaba completamente desasistida. Desnutrida, con colestasis nerviosa. Estaba literalmente tirada en sus propias heces. Un par de días más y seguramente habría sido demasiado tarde.

—¡Qué horror! Una niñita tan pequeña no puede defenderse sola.

—El hombre tiene problemas personales —alega Rosentreter—. Es una familia monoparental y...

—Eso lo entiendo, pero... aun así. ¡Se trata de su propia hija!

Con un gesto resignado de la mano, Rosentreter da a entender que en el fondo comparte la opinión de Sophie. Apenas ha concluido ese gesto cuando la puerta de la sala de sesiones se abre. El personaje que entra no ha llamado antes y no parece preocupado por evitar hacer más ruido del necesario. Se mueve con la naturalidad de quien goza de libre acceso en cualquier lugar. El traje le sienta como hecho a medida, con esa pizca de desaliño bien dosificado sin la cual no puede entenderse la elegancia. Tiene el pelo oscuro, los ojos negros, sus extremidades son largas sin resultar torpes. El fluir de sus movimientos recuerda a la engañosa serenidad de un felino que, aun con los párpados medio cerrados y dormitando al sol, al instante siguiente es capaz de lanzarse al ataque. Solo el que conoce mejor a Heinrich Kramer sabe que tiene los dedos inquietos y que prefiere ocultar sus temblores metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Por la calle siempre lleva puestos unos guantes blancos, que en ese momento se quita.

—*Santé*, señores.

Deja su cartera sobre una de las mesas para visitantes y coloca bien la silla.

—¡*Santé*, señor Kramer! —exclama Bell—. ¿De nuevo a la caza de historias sobrecogedoras?

—El ojo del cuarto poder nunca duerme.

Bell se echa a reír, pero enmudece en cuanto comprende que Kramer no ha querido hacer ningún chiste. Este último se inclina hacia delante, frunce la frente y contempla al defensor de los intereses particulares como si no acertara a reconocerlo.

—*Santé*, Rosentreter —dice entonces, enfatizando cada sílaba por separado.

El interpelado lo saluda fugazmente y esconde la mirada entre sus documentos. Kramer se tira de las rayas del pantalón para dejarlas rectas, cruza las piernas, se lleva un dedo a la mejilla y adopta la pose de un discreto miembro del público, lo cual es un vano intento en un hombre de su talla.

—Volviendo al caso —dice Sophie con un tono ostensiblemente frío y profesional—, ¿qué pide el representante de los intereses públicos?

—Tres años.

—Me parece algo exagerado —protesta Rosentreter.

—Yo no lo creo. Tenemos que dejarle claro a ese tipo que ha puesto en peligro la vida de su hija.

—Una solución intermedia —dice Sophie enseguida—. Dos años de sanción administrativa que podrá cumplir en su domicilio. Designación de un tutor médico para la pequeña; cursos de capacitación médica e higiénica para el padre. Así garantizamos que no le pase nada a la niña, pero le damos a la familia otra oportunidad. ¿Qué me dicen?

—Es justamente lo que iba a proponer yo —dice Rosentreter.

—Fantástico. —Sophie sonríe y le dice a Bell—: ¿Su considerando, letrado?

—La desatención de las medidas higiénicas y médicas pone en peligro el bien de la niña. Los derechos del progenitor no incluyen la autorización para ocasionarles perjuicio alguno a sus hijos. A efectos legales, exponer conscientemente a alguien a un peligro tiene la misma consideración que infligirle un daño intencionado. La sanción debería remitirse, por tanto, a las graves lesiones físicas.

Sophie toma nota.

—Se aprueba —dice, y deja el expediente a un lado—. Esperemos que, con esto, el asunto quede zanjado para bien.

Kramer descruza las piernas, vuelve a cruzarlas en el sentido contrario y se queda inmóvil de nuevo.

—Bien, sigamos. —Bell levanta el dedo índice—. Mia Holl.

La mujer de la pared de proyecciones podría tener tanto cuarenta como veinte años de edad. Su fecha de nacimiento demuestra que la realidad, como tantas otras veces, se encuentra a medio camino. Su rostro irradia ese especial encanto de la pulcritud que también podemos observar en los allí presentes y que confiere a todos esos semblantes una cualidad prístina, carente de edad, casi infantil: es la expresión de unas personas que han vivido toda su vida sin verse expuestas al dolor. Mia le devuelve una mirada confiada al espectador. Su cuerpo desnudo es delgado y, sin embargo, presenta una constitución vigorosa y de elevada resistencia. Kramer se yergue en su asiento.

—Otro delito menor, supongo.

Sophie empieza a leer el siguiente expediente y contiene un bostezo.

—Repita ese nombre.

Es Kramer. Aunque no ha hablado en voz muy alta, sus palabras consiguen que todo lo que estuviera ocurriendo en la sala se paralice al instante. Los tres juristas levantan la mirada con sorpresa.

—Mia Holl —dice Sophie.

Haciendo un gesto como si quisiera espantar una mosca con la mano, Kramer le indica a la jueza que prosiga con el acto de conciliación. Al mismo tiempo, saca una

agenda electrónica de su cartera y empieza a tomar notas. Sophie y Rosentreter cruzan una rápida mirada.

—¿De qué se trata? —pregunta Sophie.

—Desatención de los exámenes médicos obligatorios —dice Bell—. No ha presentado los informes de horas de sueño y hábitos alimenticios del mes corriente. Interrupción repentina del perfil de entrenamiento deportivo. Tampoco se han llevado a cabo ni la toma de la tensión arterial ni el análisis de orina domiciliario.

—Déjeme ver los datos generales.

A una señal de Bell, sobre la superficie de proyecciones aparecen largas listas: valores sanguíneos e informaciones sobre el consumo de calorías y los procesos metabólicos, así como algunos diagramas con curvas de rendimiento.

—La verdad es que está en buena forma —comenta Sophie, y con ello le da el pie a Rosentreter para intervenir.

—Sin antecedentes. Se trata de una bióloga de prestigio con una biografía impecable. No hay síntomas de trastornos físicos ni sociales.

—¿Ha solicitado alguna vez los servicios de la CP?

—La Central de Parejas no ha recibido ninguna solicitud por el momento.

—Una fase difícil. ¿No creéis, chicos? —La jueza se ríe ante el rostro avinagrado de Bell y el sorprendido de Rosentreter—. En este caso me gustaría renunciar a cualquier tipo de amonestación y ofrecer alguna clase de ayuda. La invitaremos a una entrevista aclaratoria.

—Por mí, bien. —Bell se encoge de hombros.

—Una fase difícil. —Kramer, sonriente, teclea en su dispositivo—. Es una forma de decirlo.

—¿Conoce usted a la inculpada? —pregunta Sophie con amabilidad.

—Aprecio mucho la discreción de este tribunal. —Kramer le guiña un ojo con cautivadora sorna—. También usted había visto ya en una ocasión a la inculpada, Sophie. Si bien eran otras circunstancias.

La jueza se detiene a pensarlo. Si su tez no tuviera un rubor saludable ya de por sí, podríamos ver cómo se sonroja. Kramer guarda su agenda y se levanta.

—¿Ya ha terminado? —pregunta Bell.

—Al contrario. Acabo de empezar.

Mientras Kramer se despide de ellos con un gesto y abandona la sala, Sophie cierra el expediente y alcanza uno nuevo.

—El siguiente, por favor.

PIMIENTA

—¡Venía de la habitación de los niños! ¡Así! —Lizzie suelta la barandilla de la escalera, se inclina hacia delante y finge un estornudo exagerado—: ¡Aaaa-chís! ¡Aaaa-chís!

—¿No lo dirás en serio? —La Poll mira en derredor, como si acabara de ver un fantasma cruzando la escalera—. Pero si eso suena igual que...

—¡Dilo con toda tranquilidad!

—... que un estornudo.

—¡Justamente! ¡En la habitación de los niños! ¿Por qué crees que he venido corriendo?

—¡Menuda tontería!

Driss es la tercera en discordia, alta y grandullona como un árbol joven, con el que también comparte la ausencia de curvas femeninas. Su rostro plano hace equilibrios por encima del cuello de la bata blanca, sus grandes ojos reflejan a todo el que se le ponga delante. Aunque no tuviera pecas, resultaría difícil creer que una chica como ella es mayor de edad.

—¿Qué es una tontería? —pregunta la Poll.

—El resfriado está extinguido desde los años veinte.

—Doña Listilla... —Lizzie pone cara de exasperación.

—Hace poco volvía a haber aviso —susurra la Poll.

—¿Lo ves, Driss? La Poll lee *El sano juicio*. En fin, que me ha dado un vuelco el corazón y he abierto la puerta de golpe. Y ¿qué me encuentro? A mi pequeña, sentada en el suelo con el granujilla de Ute y metiendo la naricitita en la bolsa de la pimienta. Estornuda como toda una campeona.

—¡Estaban jugando a los médicos! —La Poll se echa a reír.

—Y tu hija era la paciente. —Ahora también Driss se ríe.

—Tú lo has dicho, niña. Pero ¡la que casi enferma del susto soy yo!

Las tres están allí de pie, juntas, como si quisieran imitar la forma en que ya estuvieron juntas allí de pie ayer, y el día antes y todos los días anteriores. También hacia el futuro se extiende la cadena de repeticiones de esa imagen siempre igual: Lizzie apoyada en el tubo de la máquina de desinfección, la Poll inclinada contra la caja del bacteriómetro y Driss con los dos brazos encima de la barandilla. Cuando se abre la puerta de la casa, las tres se quedan calladas de golpe. Ahí está de nuevo: el hombre del traje oscuro. Lleva la mitad del rostro oculto por una tela blanca, pero no hay más que verle los ojos para darse cuenta de lo guapo que es.

—*Santé!* Muy buenos días, señoras.

—Buenos días —dice Lizzie, y saca la cadera hacia un lado y planta una mano en ella—, buenos días serían si ya no tuviéramos nada más que hacer.

—Pero, caballero, no tiene usted por qué... —Driss señala con un dedo estirado a la cara del hombre.

—Se refiere a su mascarilla —aclara enseguida la Poll.

—Esta es una casa custodiada —dice Lizzie—. Aquí dentro no hace falta llevar mascarilla.

—Qué tonto por mi parte. —Kramer se desata la cinta de detrás de la cabeza—. Es verdad que he visto la placa en la entrada.

Se guarda la mascarilla en el bolsillo de la chaqueta. Durante el silencio subsiguiente daría tiempo a ofrecer una ponencia sobre las casas custodiadas. En los complejos residenciales cuya comunidad se distingue por ser especialmente eficiente, los habitantes pueden hacerse cargo de las obligaciones de profilaxis higiénica. Entre ellas se cuenta la medición regular de los valores del aire, así como el control de desechos y aguas residuales o la desinfección de todas las zonas de libre acceso. Una casa que funciona con esa forma de autogestión queda señalizada mediante una placa y obtiene descuentos en los suministros de electricidad y agua. La iniciativa de las casas custodiadas ha supuesto grandes éxitos en los más diversos ámbitos. El tesoro público ahorra dinero en prevención sanitaria y los habitantes desarrollan un sentimiento de comunidad. Si bien en un pasado remoto se había afirmado que el pueblo era demasiado holgazán o demasiado necio para participar en la vida pública como democracia de base... eso no es cierto. En las casas custodiadas, la gente demuestra ser perfectamente capaz de colaborar en beneficio de todos. Eso les hace felices. Se reúnen, discuten, toman decisiones. Tienen cosas en común, en el sentido más amplio de la expresión.

Heinrich Kramer, que rodeado por las tres mujeres vestidas con batas blancas de la escalera parece un orgulloso purasangre entre cabras, tuvo una participación decisiva en el desarrollo de la idea de las casas custodiadas. Aunque ya antes de eso era famoso. En el país, todo el mundo sabe quién es. Y ese es el motivo de este intermi-

nable silencio, igual que el de los graznidos que estallan ahora.

—¡Que me contagie un virus!

—Pero si es...

—¿No es usted...?

—Mujer, Driss, no te quedes mirándolo tan fijamente, que resulta muy embarazoso.

Kramer se lleva una mano al esternón y se inclina.

—Muchísimas gracias, señoras. Díganme, ¿vive aquí, con ustedes, una tal señora Holl?

—¡Mia! —exclama Driss, y se pone a aplaudir.

Si aquello hubiera sido un concurso, habría ganado al adivinar que, de todos los vecinos de la casa, Heinrich Kramer preguntaría por Mia. Aunque Driss no es capaz de explicar por qué, para ella Mia es algo especial.

—La señora Holl vive arriba del todo. En la terraza de atrás.

—Es un apartamento estupendo —dice la Poll—. Con la biología no se gana uno mal la vida.

—Y con razón —dice Lizzie, severa.

—Bien —interviene Kramer—. Y ¿la señora Holl está en casa?

—¡Siempre! —exclama Driss—. Últimamente, quiero decir. —Se inclina hacia Kramer como si quisiera contarle un secreto—. A Mia ya no la vemos demasiado.

—La señora Mia Holl —corrige Lizzie— no va a trabajar en la actualidad.

—Entonces, ¿es que está de vacaciones?

—¡Ay, qué va! —espeta la Poll—. Una niña tan encantadora... ¡y siempre sola! Está buscando anuncios.

—Creemos —le dice Lizzie a Kramer en confianza— que la señora Holl está buscando un compañero.

Kramer asiente.

—Allá voy, entonces.

—¡Mia es una chica decente!

—Eso se sobreentiende, Driss.

—En una casa como esta.

—Gracias. —Kramer saluda con un gesto mientras cruza el círculo de vecinas—. Me han sido de mucha ayuda, y las felicito por esta casa tan bonita.

Las bocas se quedan abiertas, pero mudas, mientras ven desaparecer a Kramer, sus piernas y toda su elástica figura escaleras arriba.